

EL ARCANGEL

Por: Emilio Zatará

El bebé se había caído de la hamaca con tanta mala suerte que golpeó la cabeza contra los troncos que su padre había traído para calentarlo en la noche. La selva cercana cayó en un silencio premonitorio que duraría hasta el instante en que el padre vio la escena, levantó a su hijo y corrió gritando los tres kilómetros que lo separaban de Santa Clara, la población más cercana a su choza.

A pesar del terrible golpe, el bebé había logrado sobrevivir. Aunque, según el médico del pueblo, viviría como un ser disminuido. “Va tener que acostumbrarse, su hijo será un bebé por siempre”, le dijo. Su cráneo de recién nacido, apenas formado a la mitad, no había podido ofrecer resistencia y la madera buena le había dado de lleno en el cerebro, que desde ahora funcionaría parcialmente. Una rama pequeña, de esas inocentes que los niños usan para escribir cosas misteriosas en la arena del río, se había incrustado en un ojo, dejándolo tuerto. Finalmente, su inocente belleza había quedado interrumpida debido a una fractura de nariz, que aparte de hacerlo sinceramente feo, le dejaría la marca de un sonido desesperante en cada sístole y diástole de su vida.

Durante una semana, el padre sufrió un ataque de culpabilidad e insomnio. Cuidaba a su baldado hijo y quedaba hipnotizado por el desesperante sonido de sus mínimas fosas nasales. Al amanecer del octavo día, lleno de temor, decidido a evitarle todos los sufrimientos que lo esperaban en ese lugar dejado de la mano de Dios, y para evitarse él mismo la vida servil que suponía quedarse a lado de ese vegetal humano, supo que debía matarlo. Firme entre sus lágrimas, avanzó hacia el río, desnudó a su berreante hijo, se desnudó él también, entró a la suave corriente y bañó con agua venida de las montañas la cabeza del bebé, repitiendo “te bautizo en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, tu nombre será Rafael, como el arcángel”. Cumplida la fórmula básica, miró el rostro del bebé e imaginó la

vida que habría tenido de no caer de la hamaca. Lo besó en la frente y sus manos rudas, de cazador viejo, descendieron hacia las aguas, ahogándolo.

Con el rostro empapado de lágrimas, recorrió el kilómetro y medio que había del río a su casa. Puso el cuerpo muerto del bebé sobre la hamaca de su desgracia y bebió alcohol de quemar de unas botellitas de a peso, mientras hablaba con el alma de su esposa María, una de tantas Marías, que había sucumbido después del parto a una hemorragia que convirtió su cama de hospital en un trapo rojo.

Ya borracho, se sintió el más cobarde de los hombres y llorando a gritos, metió sus manos al fuego hecho con los troncos que almacenaba debajo de la hamaca y las quemó hasta dejarlas inservibles.

Despertó al día siguiente, atormentado por el dolor. Bebió más y se dispuso a curar sus heridas cuando cayó en cuenta de que el cuerpo de su bebé ya no estaba. Revolvió la choza sin encontrarlo. Vendó sus manos con pedazos de ropas viejas y luego salió a buscarlo en el camino. Errante, idiotizado, caminó tambaleante repitiendo el nombre su hijo. Llegó hasta Santa Clara y buscó la casa del médico. El médico no miró sus ojos desesperados sino sus manos carbonizadas y, alarmado, lo metió en su consultorio para curarlo. Mandó llamar a su asistente y mientras preparaba los instrumentos y las medicinas escuchó la trama completa del asesinato del bebé. El padre levantaba las manos al cielo mientras pedía perdón por lo que había hecho. El médico estaba furioso. Guardó sus instrumentos y sus medicinas y le dijo al atolondrado padre: “Ningún castigo debe cumplirse a medias”. Echándolo luego.

El padre volvió a su casa convencido de que los animales salvajes se habían llevado el cuerpo del bebé y que él, sin cura para sus manos, moriría al poco tiempo. Decidido a ser devorado por la selva, caminó más allá del río hasta que las fuerzas no le dieron para más y se sentó debajo de un árbol enorme a esperar la muerte.

Cerró los ojos y recordó el cuerpo de María. Sintió que sus manos todavía podían tocarla y hacerle otro hijo. Fue cuando oyó el llanto, claro como la voz de la campana del pueblo llamando a la misa de los domingos.

Caminó por la selva, tropezando con los troncos que dejan disminuidos a los hijos, pinchándose los pies descalzos con las ramas pequeñas que los dejan tuertos y llorando, buscó el llanto del bebé, que parecía estar detrás de un árbol, luego al otro lado del monte, tal vez detrás de una gran piedra. El padre buscó durante una semana, emboscado por los chillidos de cientos de infantes invisibles que confundían sus voces con las voces de la selva. El octavo día, convencido de que estaba loco, que era imposible hallar un cuerpo que se habían llevado los animales, se derrumbó sobre sus rodillas gritando hasta perder la voz, las últimas fuerzas y el dolor.

Cansado, retornó a su primer plan y se recostó en la tierra, para dejar que sus manos, hinchadas y negras, terminarán de envenenar su cuerpo.

Antes de cerrar los ojos, descubrió asombrado que estaba a unos pasos del camino que lo llevaba al pueblo, a poca distancia de su propia casa. La nostalgia lo atormentó y sin pensarlo mucho, inestable en decisiones como cualquier ser humano, quiso ver una vez más el lugar donde había sido feliz. Abrió la puerta y sus ojos pesados recorrieron el desorden de su hogar, las botellitas de alcohol regadas por el piso de tierra, las ollas rotas, su única mesa, su única silla, la ventana sin vidrios que se abría al poniente, mostrando la diaria despedida del atardecer.

Reconoció los olores, los espacios e imperfecciones que tocaban sus pies, el aire tristón que tenía su casa a esas horas. Luego se dijo que por lo menos moriría en el lugar que más amaba, y algo de alegría entró a su corazón cuando decidió acostarse en su hamaca, a esperar la muerte. Pero antes de los dos pasos lo congeló el miedo. En la hamaca, despierto

pero silencioso, mirándolo con su único ojo, brillante como la luna sobre el río, lo miraba su hijo, sin llorar.